

Por otra parte, nada importa, puesto que regresé.

XIII

La copa envenenada

Vencí, durante dos años, en esta loca vida. Me habían dado un cupé y una victoria. Me levantaba para ir al Bosque. Comía en todas partes y siempre distintas. Cuando comía en mi casa tenía mucha gente y gente muy distinguida. Por la noche al teatro, á casa de Laborde ó á casa de alguna amiga; á media noche á la Maison D'or, al café Anglais ó al diablo.

Créese, y es un error muy vulgar, que todo pasa alegremente en esta vida, donde únicamente se baila y se cena. Es la vida de las pasiones.

¿Y quién puede impedir que las pasiones hagan su camino? Tengo amigas cuya vida es un verdadero drama romántico.

¿Quién no recuerda los puñales de mademoiselle de Grandpré ó de Granprix, apellidada la *Poignanrdinette*? ¿Quién ha olvidado la que se tiro por el balcón? ¿Quién se olvida de las puñaladas dadas á Julia en un antepalco? Y cien otras historias que podrían escribirse con sangre de las víctimas. No me ha complacido nunca lo horrible. La muerte no me asusta, pero me *extremecen* las armas blancas.

Quando cenaba todas las noches llegué á disgustarme profundamente de la vida, quiero decir de mi vida, y resolví acabar con ella. No amaba á nadie, no aspiraba á nada, no ambicionaba nada más que el olvido y el silencio.

¡Qué bien me producía esa alegría que me rodeaba, alegría brillante, pero ficticial!

Mucho tiempo hacía ya que oía idénticas tonterías, y lo que más me exasperaba el tener que reír cien veces una misma gracia.

Al ingenio que ha producido ya sus frutos, deberían enterrarlo sin epitafio.

Quise que mi muerte fuese un tanto teatral. No quería asfixiarme neciamente como una planchadora abandonada por su amante. Resolví suicidarme durante el bullicio de una cena en el Maison D'or, aturdida por el eco de locas carcajadas, mareada por el humo de los cigarros y la espuma del champagne. Digno fin para tal principio.

Llevé conmigo un pequeño frasco de láudano.

Desde que me senté á la mesa fué asaltada por una alegría nerviosa que traspasó los límites. Charloteaba á derecha é izquierda, buscando las frases más incisivas y contando los cuentos más intencionados, hasta el punto que ellas y ellos reían con todas sus fuerzas.

Sabido es que no siempre se ríe en la Maison D'or.

Quando el conde de H*** tomó su sombrero para marcharse al club:

—Me marchó también, dije yo.

Tomé el frasquito de láudano y vertí en mi copa de champagne todo su contenido, aparentando buscar mis guantes.

Uno de mis amigos de la velada, me dijo al oído:

—¿Quieres que te vaya á buscar ó te espero en mi casa?

—No, le respondí.

—¿No bebes? me dijo Coralia.

Cogí mi copa:

—¡A la salud de mis amantes!

Y apuré hasta la última gota sin parpadear ni palidecer.

—Y ahora, señores míos, exclamé, pueden solo cantar mi *De Profundis* porque acabo de envenenarme.

¡Silencio absoluto! ¡Silencio de muerte! Después todo el mundo hablaba á la vez.

—¡Está loca! ¡Eso no es verdad! ¿Será un disgusto de amor? ¿Habrá perdido en el juego?

—Puesto que estoy muerta ó poco menos, repliqué, hacedme el favor de pronunciar mi oración fúnebre.

—Que se vaya á buscar un médico, objetó una alma sensible de la reunión.

—Si llaman á un médico, grité cogiendo una copa, lo rompo todo y me arrojo por el balcón.

—Pues bien, exclamó Riviero, recién llegado del Japón, donde habría visto muertes parecidas, pronunciamos su oración fúnebre. Carolina ha venido con los siete pecados mortales.

—Chist! dijo Corali, todo eso sería elocuencia perdida; Carolina ha vertido el veneno en su copa, pero yo lo he visto y la he cambiado por la mía.

Aquel fué uno de los momentos mejores de mi vida.

¡Oh inestabilidad de los corazones femeninos! Había deseado la muerte y no quería más que la vida.

Abracé á Corali por su generosa acción; y cuando me presentaron riendo la copa emponzoñada, no quise mojar los labios en ella.

—¿Es que las tinieblas del pecado son menos horribles que las tinieblas de la muerte?

XIV

El vals infernal

No he tenido nunca gran afición al Rhin alemán. Los alemanes, cuando son hermosos, no saben hacer nada con su cara; cuando tienen dinero, lo cuentan; cuando tienen amor, lo guardan.

En Baden, sin embargo, hallé un Lovelace rubio semejante á un astro loco. Divertíase con paradojas, mezclaba su cerveza con vino champagne, bailaba con princesas rusas, jugaba con los ciervos y gozaba fama de generoso y desprendido.

Era un austriaco amigo del príncipe de Metternich.

Cuando yo perdía mi último luis, como él jugaba siempre en contra mía, al treinta y cuarenta, me demostraba que debía haber puesto mi dinero al rojo si lo puse al negro.

La verdad es que era poco galante en el juego.

Ante el riesgo de perder la batalla uno se acoge á los primeros soldados que llegan. Pero esto no me impidió un día ser desbancada del modo más ruinoso.

Encontréme bajo los árboles delante de la sala de conversación.